

una cabeza exaltada, os ha dejado habitar libremente en París, vuestra ciudad natal.

Ocupais en la calle Montmartre una habitación vasta y elegante, que es el punto de reunión de muchos oficiales hasta en activo servicio. Sois una inteligencia audaz y un carácter resuelto. Capaz de intentar un golpe de mano, sabéis, no obstante, plegaros á las exigencias y contemporizar, á fin de conseguir con más seguridad vuestro objeto. Ese objeto sabemos cuál es...

—¿De veras?—dijo Riviere, que hasta entonces habia guardado silencio.—Tengo curiosidad de saber...

—Voy á complaceros, comandante—dijo Fouché con una sonrisa, apacible y astuta á la vez.—Republicano convencido y ardiente patriota; dos debilidades ó dos virtudes, que yo, ménos que nadie hallaría culpables, si se contentaran con ser... platónicas, habeis visto con ira establecerse el imperio hereditario.

—Lo he visto con desesperacion—dijo el comandante.—No creo que la dicha de mi patria consista en su esclavitud.

—Soy de vuestra misma opinion—dijo el duque de Otranto.—Falta saber si las facciones no la tiranizarian más que el imperio. Pero no hablemos de política. Es un placer al que mis ocupaciones no me permiten ya entregarme á menudo; así es que he perdido la costumbre.

La ironía de Fouché tenia su malicia. El regicida sabia llevar lijeramente el peso de su pasado.

—De modo—continúo—que sois republicano, buen republicano, y no perdonais al primer consul que se haya hecho emperador á pesar de que la nacion lo ha querido: ¿Habeis conservado en contra de su gobierno todo el ódio que alimentábais en otro tiempo contra la monarquía?

—Aborrezco la tiranía—dijo Riviere con firmeza—y soy fiel á mis ódios y á mis amores.

Fouché, á quien iba dirigido aquel golpe, se mordió un poco los labios, pero fué menos por despecho, que para evitar el burlarse de sí mismo.

Su ligero movimiento de cabeza parecia añadir:

—Veremos lo que piensas dentro de poco de tus amores.

—El emperador—continúo el ministro—no os pide que abjureis de vuestras pasadas convicciones, no os pide sino que le sirvais bien. ¡Padiez! comandante, ¿acaso no sabe que yo, si yo, he votado la muerte del rey? Un día que me reprochaba de haber enviado, como él decia, á Luis XVI al cadalso: «Señor, le contesté sin vacilar lo más mínimo, ése es el primer servicio que presté á vuestra majestad».

Fouché, que trataba de dar un giro casi bromístico á un interrogatorio cuyo desenlace debia ser probablemente mortal, no vió la expresion de la mirada que le dirigió el comandante. Aquella mirada estaba cargada de desprecio. El carácter atrevido y noble de Riviere se indignaba de tanta sutileza. El hombre recto no podia comprender al hombre hábil.

—No guardais, ni con mucho, para vos solo, vuestras ideas, vuestras penas ni vuestras esperanzas—dijo Fouché.—Sois un *Filadelfo* ó cosa por el estilo. Conspirais, y vuestro domicilio, os lo repito, es el centro de una conjuracion que irradia hasta el ejército. El emperador, podeis enorgulleceros si quereis de ello, se preocupa de vuestras maniobras tanto como de las de los austriacos; pero todo esto es preciso que concluya. Hora es ya de que se vealibre el ejército del elemento jacobino que lo turba.

—Yo no soy jacobino—dijo el comandante;—al contrario, deseo que desaparezcan los autoritarios, ya se sienten en la Convencion ó en el trono.

—Muy bien, pero entretanto la voluntad del emperador es la ley y todo el que trate de resistirla será aniquilado. ¿Qué pueden vuestros complots contra sus victorias?

—¡Victorias en que la sangre francesa corre como rios!

—Cualquiera diría que en Jemmapes y en Fleurus no se derramó la sangre de vuestros soldados!...

—Entónces se vertía por la independendencia de la patria, mientras que hoy únicamente se derrama en conquistas para esclavizar el mundo.

—Luego solo con un objeto pacifico organizais ahora una nueva asociacion?

—Si conspiro,—repuso friamente el comandante Riviere—¡probádmelo!

—Comprendo—dijo el ministro—que esta es la contestacion más hábil que pueda dar un

hombre en vuestra posicion. Solo que ahora me será fácil probaros que la policia no se equivoca.

—Os escucho.

—Todos vuestros papeles, comandante, están en mi poder.

—No tenia en mi casa sino papeles de familia. ¿Se han apoderado vuestros sabuesos de esas pobres reliquias?

—Mis agentes, que son concienzudos, me los han traído todos; luego se os restituirán á vos ó á vuestros parientes, los que sean de familia.

—Suponiendo que yo forme parte de una conspiracion cualquiera—dijo el comandante—debeis confesar, señor ministro, que hubiese sido muy necio dejando en mi casa la prueba de mi culpabilidad y las huellas del complot.

El duque de Otranto tenia en aquel momento en la mano un paquetito de cartas y las contemplaba distraidamente, sin decir una palabra.

—Comandante—dijo de repente de un modo insinuante y brusco á la vez,—¿cuánto tiempo hace que os casásteis?

El rostro del oficial, que habia permanecido impasible, casi desdeñoso y por completo impenetrable durante toda la conversacion, sufrió de pronto una transformacion especial. Sus ojos expresaron un momento de angustia é inquietud.

—¿Por qué me preguntais esto?—dijo con voz tranquila todavia, pero lijeramente modificada por la sorpresa.

—Comandante—dijo el ministro, poniéndose tambien profundamente serio—nuestros debe-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925 MONTERREY, MEXICO

res tienen sus lados penosos, casi terribles. El reverso de nuestros honores está formado, creedlo, por nuestras miserias. No conozco nada más duro ni más cruel á veces que poner el dedo en ciertas heridas, tanto más dolorosas cuanto más tiempo han permanecido secretas. Pero el agente de policía se parece un poco al cirujano: procede á lancetazos.

—¿Qué quereis decir?—dijo el comandante mirando cara á cara á Fouché.

Y entonces su voz se ahogaba en su garganta bajo la opresion de un gran dolor. No sufría, sin embargo, pero por un presentimiento que á veces se tiene de las desgracias posibles, comprendía que iba á sufrir.

—Comandante—dijo Fouché—mis agentes no han hallado, en efecto, nada de comprometedor entre vuestros papeles, pero en vuestra casa, os repito, que lo han registrado todo y me han traído, no solamente vuestros papeles personales, sino los encontrados en las habitaciones de vuestra mujer.

—¿De mi mujer?—esclamó Rivière.—Ya van dos veces, señor ministro, que mezclais el nombre de mi mujer en debates en que nada tiene que ver! Aunque yo hubiese arriesgado mi vida, mi esposa lo ignoraría y no merecería ni la más mínima sospecha, ni la más ligera persecucion.

—¿Y quién trata de perseguirla, comandante?

—Aquella á quien he dado mi nombre—dijo Rivière con una especie de fervor, en el que se revelaba el amor más profundo que pueda sentir el corazón de un hombre,—la compañera de

mi vida, es toda abnegacion y virtud. Daria por evitarla una lágrima toda la sangre de mis venas. Haced, pues, de mí lo que os parezca, caballero, pero no creais que la mujer del comandante Rivière sea cómplice de los que perseguís como conjurados.

Fouché se frotó lentamente la barba, levantó y bajó á su vez sus pesados párpados, mirando á Rivière; luego, moviendo la cabeza y encogiéndose de hombros, hizo preceder lo que iba á decir de una pantomima, que significaba claramente: «No hay remedio, es preciso!»

—Comandante—dijo al oficial, alargándole una de las cartas que Bernier habia examinado la noche anterior,—¿conoceis esta letra?

Rivière vaciló un momento antes de coger aquel papel. Quizás le pareciera que iba á encontrarle, ó quemando como brasa, ó frio como una serpiente. Lo desconocido que habia en él le aterraba vagamente, á pesar de que el soldado del ejército de Moselle ignoraba el sentido de estas cinco letras unidas: ¡Miedol!

—Sí—dijo despues de haber fijado su vista en la carta,—conozco la letra.

—Ahora, leedla—añadió Fouché.

Antes de hacerlo, Rivière pasó por su frente su mano derecha, y notó que las venas de sus sienes estaban hinchadas como por una congestion; luego miró á Fouché como queriendo adivinar de antemano el secreto de aquella carta. Las pupilas del ministro estaban fijas en él, pero permanecían impenetrables.

El comandante Rivière leyó rápidamente la

carta, como quien traga un veneno; despues retrocedió y, exhalando un grito:

—¿A quién?—preguntó,—¿a quién esta dirigida esta carta?

—¿A quién?

—Sí, quiero saberlo, tengo derecho á saberlo...

—¿A quién?—dijo lentamente el duque,—no lo sé; pero esta carta y las que tengo aquí, compaÑeras suyas, han sido halladas en los cajones de un secreter de caoba que forma parte del mobiliario de la señora Riviere.

—¿En su cuarto!—esclamó el comandante exhalando una especie de rugido.—¿En su cuarto esta carta?... ¿Y es á ella á quien la han escrito?...

Volvió á leer aquel papel que su mano acababa de estrujar y que, en pocas líneas de siniestra elocuencia, contenía un drama de traicion, de amor culpable, de extravío y de locura. Pensaba cada una de sus palabras, examinaba cada una de sus líneas, tratando de dudar, á quien había sido dirigida aquella carta de un hombre á una mujer, y mientras que Fouché contemplaba friamente á aquel desgraciado herido bruscamente, como por un rayo, el comadante volvía y revolvía entre sus dedos, aquella mortifera carta, como Otelo el pañuelo de Desdémona.

—¡Y bien! ¿qué?—dijo de repente, con loca alegría y verificándose en él un inesperado cambio.—Soy un insensato. ¿Qué prueba esta carta? ¿Qué significa esta carta? ¡Es de amor, bueno! ¿Y que?

Y se la devolvió á José Fouché, quien la tomó y la introdujo lentamente en el paquete despues de haber pasado su manga por encima para borrar las huellas del despecho del comandante, que casi la habia roto á fuerza de estrujarla.

—¿De modo que no conoceis el nombre de la persona á quien está dirigida esta carta?—dijo el ministro de Policía, frio y pulimentado como el acero.

—Nó—repuso el comandante.

—¿Por lo ménos sabreis quien la ha escrito?

—Lo sé.

—¿Podeis decirnos el nombre de esa persona?

—¿Por qué deseais conocerla?

—¿Os negais á decirlo?

—Si por cierto, me niego á ello.

—Bueno.

Hubo un pequeño silencio.

—¿Cómo se llama—dijo Fouché—vuestra esposa, comandante?

—Teresa—repuso el oficial.

Fouché no añadió una palabra: escujo otra carta en el paquete sobre el que Riviere tenia fijos los ojos y se la presentó al comandante, sujetándola entre el pulgar y el índice.

De aquella nueva carta, el comandante que hacia un momento se habia puesto de pié, no leyó sino las primeras palabras, pero se puso horriblemente pálido, luego su rostro enrojació y el desgraciado cayó pesadamente, arrancando con un movimiento maquinal el cuello de su camisa como un hombre que se ahoga.

Las primeras palabras de aquella carta, eran estas: «Mi amada Teresa...»

El ministro tiró rápidamente del cordón de la campanilla y aparecieron los agentes.

—Agua—dijo Fouché sin emoción alguna.

Pero como si la presencia de los recién llegados hubiera hecho volver en sí al comandante, incorporóse vivamente con una rigidez automática y dijo haciendo un esfuerzo:

—¡Gracias!... No es nada... ¡Gracias!...

—¿Preferís quedaros solo?—preguntó Fouché.

El gesto del comandante significaba: «Sí.» El ministro dió nuevamente orden á los agentes de retirarse.

—Esas cartas—dijo entonces el comandante—quiero leerlas todas.

Fouché cogió el paquete y se lo entregó al comandante; luego se levantó, y mientras Rivière, con la vista estraviada, se absorbía, por decirlo así, en su propio dolor, el ministro, de pie junto al balcón, levantaba los visillos y miraba hacia afuera, pero de reojo observaba la emoción que debía sufrir el oficial.

Rivière estaba entonces más blanco que el papel que tenía en la mano: ésta temblaba, mientras la otra se crispaba, y el furor concentrado que rugía en aquel hombre se revelaba por el chasquido de su lengua seca contra su paladar y el movimiento nervioso de su pie derecho, que golpeaba rápidamente la alfombra.

Cuando hubo concluido la lectura de aquellas cartas, el comandante se incorporó, rígido, lívido, pero terrible por su misma frialdad. Alar-

gó hacía la mesa de Fouché su brazo derecho, tan pesado como si hubiese sido de mármol, y dejó caer lentamente aquellos papeles; luego sacudió su mano con repugnancia: le parecía que su mano leal se había manchado con haber tenido en ella la prueba de semejante villanía.

José Fouché no se sorprendía fácilmente, pero tanta calma le dejó absorto. Sin embargo, la tempestad interior, aquella espantosa borrasca, no se le escapaba.

Fouché, que continuaba manifestando una especie de actitud cortés, como el cirujano permanece grave y mudo después de la operación, miró á Rivière, que sostuvo aquella mirada sin pestañear.

El comandante fué quien rompió el silencio.

—Bueno—dijo,—esto ha sido una bala inesperada que ha pasado muy cerca del corazón.

Las palabras acudían á sus labios sin que las comprendiese ni las buscara. No era eso lo que pensaba. En aquel momento, el prisionero, el ofendido esposo, se decía: «Todo esto es falso, es un sueño, una pesadilla. Se sufre, se llora, se quiere gritar, se ahoga uno y luego se despierta.»

La señal del despertar fué la voz de Fouché.

—Comandante—dijo el ministro,—el secreto que acabais de saber permanecerá guardado entre mi secretario particular, vos y yo; por eso os he interrogado á solas. Mucho me ha costado tener que revelaros tan horrible verdad; pero era preciso, indispensable. *Salus rei publicae* (aun se servía de esas palabras), su-

prema lex. Además, ya habreis visto que estas cartas no contienen solamente protestas románticas, sino que indican las reuniones que se verificaban en vuestra casa.

Y mientras hablaba, Fouché recogió las cartas del paquete y las fué recorriendo una á una.

—«*Esta noche, mientras vuestro marido,*— os suplico me dispenseis el que vuelva á leer esto, comandante, — *esté ocupado en recibir á nuestros amigos, venid al sitio de costumbre; yo no asistiré á la reunión y seré todo vuestro, Teresa querida...*» Etcétera, etcétera. Paso por alto los detalles. Casi todas las cartas dicen lo mismo, pero todas prueban que en vuestra casa habia conciliábulos y que vuestra mujer, que no es cómplice vuestra al parecer, estaba enterada de ello... por el autor de estas cartas, que es... quien vos sabeis!

—¿De lo cual sacais en consecuencia?...

—De lo cual saco en consecuencia que la X del problema para nosotros es saber el nombre del individuo que ha escrito estas cartas á vuestra mujer y los nombres de los oficiales del ejército del Danubio con los cuales estáis en correspondencia secreta.

Fouché miró de nuevo al comandante Riviere, cuya lividez era espantosa y que, con los brazos cruzados, esperaba y parecia contar y examinar de paso cada palabra del ministro de policia.

—¿De modo—dijo el comandante— que ignorais esos nombres?

—Confieso que no conocemos más que á vos,

sobre el cual nuestras sospechas hayan podido recaer con seguridad.

—En ese caso ni teneis, ni sabeis nada.

—¡Oh! ¡oh!—dijo Fouché.

—¿Y para revelaros los nombres de los demás con quien contais?—dijo Riviere.

—Con vos—repuso el ministro, de cuyos ojos azules brotaron penetrantes miradas.

—Caballero—dijo el oficial—teneis el derecho ó el poder de condenarme y delante del peloton que cumpla mi sentencia, caeré con la cabeza erguida, pero os está prohibido insultarme!

—¿Insultaros? ¡qué locura!—prosiguió Fouché. No solamente os respeto, comandante, sino que os compadezco. Sí, sois un alma leal que acabais en este instante de confesar que conspirabais—sin contar que hoy existen las pruebas—sí, sois un soldado intrépido pero exaltado y perdido por esos que, con razon, llama el emperador los *idedlogos* y á quien un amigo, no sé quien, uno de los vuestros, engaña cobardemente y de un modo tan odioso...

Comprendo, comprendo—dijo el ministro viendo la emocion de Riviere—y, me callo. ¿Pero es justo que el hombre que ha escrito estas líneas esté en libertad mientras vos esperais vuestra sentencia en la Consergeria ó en la Fuerza. El podria ir y venir...

—¡Y verla!—pensó Riviere.

Fouché, con una ciencia infernal del corazon humano, adivinaba exactamente el efecto que cada una de sus palabras producía en el ofendido esposo.

—¿Queréis ser mártir de ese hombre, despues de haber sido su víctima?... ¡Eso es imposible, comandante!

—¿De modo?...—preguntó Riviere.

—Que vais á dictarme el nombre del que ha escrito estas cartas, y esta misma noche estaréis en libertad.

El comandante fijó en Fouché una mirada más bien de lástima que de ira.

—¿Libre yo?... ¿Libre á costa de una infamia?

—exclamó.—¡Estais loco!

El ministro se mordió los labios.

—La generosidad inútil es peligrosa—dijo.— Ese hombre os ha ultrajado, y teneis la venganza en vuestra mano.

Fouché cogió la pluma.

—Espero—dijo.

—Señor ministro—repuso Riviere—hay dos clases de hombres en el mundo: los hay que viven de una infamia y los que mueren de ella. El día en que yo me creyese capaz de cometer la cobardía que me proponéis, me levantaria la tapa de los sesos.

—¿Quién sabe?—dijo el ministro.

Luego añadió:

—Yo comprendería esto si las infamias apareciesen como las erupciones, en la cara, pero yo os aseguro que eso no se vé. ¡Además, la infamia, quien la ha cometido ha sido el hombre que os ha robado vuestro honor!

—¡Ah! ¡esel...—rugió el militar.

—¡No os contenteis con amenazarle! ¡heridle!

—¿Herirle por vuestra mano?... Con la mia quisiera yo...

—¡Nombradle y se os pondrá en libertad!

—¿Y por qué—preguntó Riviere—me devolveis la libertad, á mi, que conspiro, si os indico el nombre del otro?

—Pues sencillamente porque el enemigo que se puede vigilar, como vos, es mucho menos peligroso que el enemigo desconocido como él.

—¡El!—dijo Riviere—¡él!

—¿Cómo se llama?

—Vamos—dijo el comandante—concluyamos este interrogatorio, os lo ruego. Nada sabreis. Que este hombre es un miserable y un traidor, es cierto; que deseo ardientemente vengarme de él, eso no lo dudeis. Daría mi vida entera por tenerle en este momento ante la boca de mi pistola; pero la infamia de un Judas, no autoriza una traicion. Soy vuestro prisionero, y seguiré siéndolo, ¡pero de mí no obtendreis ninguna revelacion.

—Por eso—dijo Fouché con calculada lentitud—contábamos con vuestra mujer, pero...

—¿Mi mujer?

—Se ha fugado; vuestra habitacion está separada de la suya y, cuando despues de prenderos, hemos querido apoderarnos de ella, ya no estaba allí.

—¡Teresa! ¡Teresa!—murmuró Riviere con atroz dolor.

—¡Oh! es indudable que descubriremos su retiro—prosiguió Fouché;—pero por el momento se nos escapa, y ¿quién sabe si á estas horas?...

—¡Ah, caballero!—interrumpió el comandante;—¡no se debe atormentar de ese modo á un hombre! ¡No se le destroza el corazón para arrancarle un secreto! ¿Mi mujer decís que se ha escapado con otro?... Pues bien, eso es horrible, espantoso y vil; sufro cuanto un hombre puede sufrir; pero el nombre de ese cobarde, los nombres de mis amigos, á quienes amenazais, esos no lo sabreis.

—¿Nunca?

—¡Jamás!

—Ya lo veremos — murmuró José Fouché entre dientes.

Luego llamó.

—Conducid al detenido á la Conserjería.

Y con la mano, haciendo un gesto de benévola despedida:

—Hasta la vista, comandante—dijo el ministro con algo de ironía.

Media hora despues en el registro de la Conserjería se inscribia el nombre de Claudio Juan Riviere, comandante de reemplazo y caballero de la Legion de Honor.

II.

El hijo del comerciante de paños.

X Claudio Riviere era uno de esos hombres que desde su entrada en la vida aprendieron á tratar el peligro como el domador á las fieras, despreciándolo.

Solo una cosa conmovia su alma viril y era el espectáculo de una traicion; aquella traicion, al herirle, debia atormentarle hasta lo más profundo del corazón, porque bajo la rigidez militar del comandante, como un fuego escondido bajo una coraza de hielo, se ocultaba una apasionada ternura.

Aquel hombre, cuya vida habia estado ocupada hasta entonces en desafiar las balas y las granadas, en matar enemigos, en desear el triunfo de una república ideal y trabajar en su advenimiento, aquel soldado de la patria y aquel defensor de una idea, estaba creado especialmente para amar.

Cuando joven habia adorado la libertad, sintiéndose arrebatado por el viento de tormenta que soplabá entonces por Paris. Nunca recordaba sin emocion aquellos primeros y queridos